

parece se aunaron para humillar aquel espíritu soberbio, á quien llegó claramente el rigor de la justicia del divino Hacedor. Alteróse su salud de una manera que le hizo perder toda su autoridad; la razón le abandonó casi enteramente, no quedándole mas que la necesaria para conocer lo horroroso de su triste situación; y el público no solo abrió los ojos para conocer todas sus faltas naturales, sino que esplicó libremente lo que pensaba respecto de ellas. Estando en Roma aquel viejo sórdido y aborrecible, el pueblo le echó en rostro su avaricia en medio del circo, de un modo tan chocante, que enfurecido vivamente el Príncipe, sin reparar en lo frío de la estación, se puso al punto en camino para regresar á Nicomedia, donde acostumbraba residir. Acometióle allí una hipocondría que le iba poco á poco consumiendo; abandonóse enteramente al humor atrabiliario que le devoraba, tomó el partido de no dejarse ver, y corrió la voz de que era muerto. Trasladóse Galerio, con estos rumores, en diligencia desde Antioquía á Nicomedia, y al ver á Diocleciano tan abatido le dijo claramente, que era preciso abandonase el Imperio. Asombró la proposición al orgulloso viejo; pero Galerio amenazó, y Diocleciano tuvo por fuerza que rendirse á su voluntad. Vióse Maximiano Hercúleo en la dura necesidad de abdicar igualmente, y los dos Césares, Galerio y Constancio, fueron creados Augustos el mismo día, que era el 1.º de Mayo del año 305. Nombráronse al propio tiempo dos nuevos Césares; y hasta en esto se echó de ver el ningún caso que se

hacia de Diocleciano, pues queriendo que se nombrase á Majencio y Constantino, hijos de Maximiano y de Constancio, hizo Galerio que se confiriesen estas dignidades á Severo, conocido por sus embriagueces y desórdenes, pero muy querido suyo, y á su sobrino Maximiano, que se llamaba antes Daza ó Daia, y hacia muy poco que estaba guardando ovejas.

Inútilmente representó Diocleciano la incapacidad de estos dos sujetos, pues aunque Galerio lo sabía, las intenciones que llevaba así del estado como de la religión no podían verificarse con otros compañeros menos despreciables, y quería poner en el gobierno sujetos que con el tiempo viniese á parar en él la suprema autoridad. Según este plan, un Dacio llamado Licinio, aventurero y de bajo nacimiento, pero muy amigo suyo, y Severo, habían de ser los dos Augustos; su hijo Candidiano, que apenas tenía nueve años, y Maximino, los dos Césares; y los cuatro juntos los baluartes de su soberanía, á cuyo abrigo quería el tirano pasar soberbia y tranquilamente su senectud. A pesar de esto temía que Constantino, hijo de Constancio Cloro, jóven de esperanzas, aspirase al elevado puesto á que por tantos títulos era acreedor.

37. En medio de la corte de Diocleciano, donde había recibido su educación este digno Príncipe, estaba por desgracia á disposición del tirano; pero Galerio, en vida de Constancio Cloro, no osaba cometer una violencia clara con el hijo de este digno y valeroso Augusto: y se contentó por entonces con

darle repetidas comisiones peligrosas, que el jóven héroe admitió sin replicar. No cesaba Cloro, informado de los continuos peligros á que se veía espuesto su hijo, de pedirlo á Galerio por medio de las cartas mas egecutivas; hasta que por último consintió este aparentemente, y aun dió su permiso en debida forma para efectuar el viage, persuadiéndose que como ya era tarde no se pondria el Príncipe en camino hasta el dia siguiente. Pero presentándose juntos en la imaginacion de Constantino todos los atentados que el tirano podia cometer en una sola noche, luego que se habia recogido partió con la mayor presteza, y tuvo la precaucion de mandar matar muchos de los caballos de posta que le habian servido, con el objeto de que no pudiesen servirse de ellos para perseguirle. Se realizaron efectivamente sus sospechas muy pronto, pues al otro dia mandó Galerio salir diversas gentes en su seguimiento: pero Constantino con su ingeniosa prevision llegó felizmente á presencia de su padre, el que estaba muy cercano á finar su vida, y mostró morir contento en los brazos de un hijo que era el digno objeto de su cariño, y la esperanza de todo el Imperio.

38. Proclamó el egército por Emperador á Constantino, en Yorek de Inglaterra, inmediatamente despues de la muerte de Constancio en 25 de Julio del año 306, pero él no quiso por entonces tomar otro título que el de César, esperando que le confriese el de Augusto Maximiano-Hercúleo, que habia vuelto á gobernar el Imperio; y en efecto se lo confirió

el dia 1 de Marzo del siguiente año 307, dándole á Fausta su hija por esposa. Así se iba poco á poco acercando el dia del Señor, en el que habian de cumplirse enteramente los decretos del Altísimo, tanto respecto del Imperio como de la Iglesia.

39. Mientras la persecucion fue particular no fueron generales los castigos del cielo, viniendo á proporcion de la mayor ó menor violencia de la impiedad: empero pasada la mas furiosa de todas las persecuciones, la consumacion y cumplimiento de todas las antecedentes, el brazo de Dios cayó con mayor justicia y mas claramente que nunca sobre el Imperio y los Emperadores. A mas de los estragos de la epidemia, de los mas horrorosos uracanes y horribles terremotos, los pueblos bárbaros que antes se contentaban con hacer algunas correrías en las provincias lejanas, movidos despues de cierto espíritu superior á su conocimiento, y perdiendo el miedo y veneracion que siempre habian tenido al nombre Romano, se echaron de repente sobre su pais, y lo devastaron de tal modo, que muchos siglos despues no se veía aun en el centro del Imperio, mas que alguna cabaña en los lugares en donde antes existian las ciudades mas pobladas; y por último las sediciones y las guerras civiles acabaron de talar lo que el furor de los bárbaros habia perdonado. Esperimentóse una larga sequedad el último año de la sacrilega tiranía, que fue la precursora de la esterilidad y de la hambre. Vendieron por fin sus hijos un número considerable de personas, despues de haber vendido una por

una todas sus posesiones, solo por tener con que alargar su vida y su infortunio. Exceptuando algunas familias de la mayor riqueza, en todas las restantes, padres é hijos, amos y criados, y todos generalmente estaban tan flacos y tan macilentos, que mas parecían espectros movibles que hombres existentes, viéndose á cada punto caer muertos de necesidad en las calles y las plazas públicas, en donde quedaban los cadáveres sin sepultar. Esto fue causa de que se encendiese un contagio que parecia cebarse con mas furor en aquellos cuyas riquezas les ponian á cubierto de los horrores de la hambre: pero sobre todo hubo una enfermedad singular que atacando en especial la vista privó de uno ó de los dos ojos á una multitud de personas, hombres, mugeres y niños; como para tomar venganza de un gran número de Confesores de todas edades y sexos, á quienes los tiranos hicieron sacar los ojos.

40. Mas ninguno de aquellos perseguidores de la Iglesia dejó de experimentar sobre su propia cabeza los efectos de la venganza divina. Diocleciano, aunque no perdió la existencia violentamente, su vejez triste y despreciable le fue mas amarga y menos llevadera que la misma muerte. Agitado de perpétuas inquietudes andaba continuamente de una parte á otra casi sin tomar alimento, ni disfrutar de una hora de sueño descansado; y como sus pesares reales ó imaginarios le ocupaban enteramente, muchas veces se le vió, olvidando el miramiento debido á su carácter, llorar como pudiera hacerlo una muger ó un

niño (1). Luego que supo los progresos de Constantino y los primeros triunfos del cristianismo, se abandonó á la mayor desesperacion: su locura le cegó hasta el punto de darse golpes á sí mismo, otras veces se revolcaba por el suelo y daba horribles alaridos; y por último se resolvió á dejarse morir de hambre. Deshonró para siempre su memoria antes de perecer Maximiano-Hercúleo, con sus ligerezas y sus crímenes. Volvió á tomar primeramente á ruegos de su hijo Majencio, que se habia hecho reconocer por Augusto en Roma de un modo tiránico, la púrpura que dejó dos veces; pero no tardó en querer despojar de ella á este mismo hijo. Ambos sirvieron antes de esto para humillar la arrogancia de Galerio, en la persona de Severo, hechura suya, que habia recibido de él el título de Augusto, y tuvo el atrevimiento de ir derecho á Roma al frente de un ejército: mas sus tropas le dejaron abandonado y abrazaron el partido del artificioso Maximiano. Y viéndose el agresor perdido huyó á Ravena, con unos pocos que le quedaron; hasta que advirtiendo que estos se disponian á entregarlo en manos de su enemigo, prefirió entregarse por sí mismo, y esta cobardía no le sirvió de otra cosa que de libertarle de otra especie de muerte mas penosa, pues á pocos dias le mandaron abrir las venas.

Pasó á Italia Galerio abrasado del deseo de venganza, y furioso por el castigo de Severo, adelantándose hácia Roma con un ejército formidable, con

(1) *Lib. de mort. Persecutor. inter opera Lactan.*

ánimo nada menos que de acabar con el Senado y esterminar el pueblo. Pero algunas de sus legiones se pasaron al enemigo; y temeroso Galerio de que otras siguiesen aquel ejemplo, se retiró con rabia y despecho en el corazón, y Maximiano quedó pacífico poseedor de la suprema autoridad, juntamente con su hijo Majencio. Mas cuando vió que las voluntades de los súbditos se inclinaban á este con preferencia, no pudiendo contener su pueril envidia el soberbio viejo, mandó reunir el pueblo y las tropas, bajo el pretexto de pedirles dictámen acerca de ciertos asuntos de estado. Empezó efectivamente á hacer patentes en una meditada arenga los males que afligian al Imperio; y cuando creyó que los espíritus estaban ya conmovidos, *aquí teneis*, dijo señalando á su hijo Majencio, *el autor de todas estas desgracias*; y al mismo tiempo le arrancó la púrpura con violencia. Entonces Majencio dejó el puesto que tenia en el tribunal; mas los soldados, cuyos desórdenes fomentaba, lo pusieron en medio de ellos, y empezaron á gritar y amenazar de tal modo, que atemorizado Maximiano, creyó que para salvar su vida no habia mejor medio que el de una pronta fuga: huyó, pues, y anduvo errante desde la Italia á las Galias, desde allí á Panonia, y desde Panonia tornó á las Galias. Dejó la púrpura por segunda vez, volviola á vestir de allí á poco sublevándose contra su yerno Constantino, á quien habia persuadido á que se ausentase con artificiosos pretextos: apoderóse de los tesoros de aquel Príncipe, é intentó seducir á sus tropas; pero

le salió mal esta tentativa, y aun cayó en manos de su generoso yerno, el que despues de afearle sus atentados, se contentó con quitarle la púrpura, y con ella la facilidad de repetirlos. Mas Hercúleo que estaba connaturalizado con el crimen, no podia perder sino con la vida la costumbre de cometerlo todos los dias; y así despues de tantas señales de clemencia de parte de Constantino, intentó matarle en su propia cama, y hacer cómplice del parricidio á Fausta su hija, muger de aquel Emperador. Pero la Emperatriz avisó á su esposo, y este, con el objeto de convencerse por sí mismo y quitar toda especie de disculpa al agresor cogiéndole en el hecho, mandó acostar en su cama á un eunuco. Con efecto, Maximiano vino aquella noche y dió de puñaladas al pobre eunuco. Constantino que estaba oculto donde podia ver todo cuanto se hacia, salió entonces cercado de sus guardas, mandó atar al criminal, y por fin le dió á elegir la muerte que quisiese: Maximiano escogió bajamente la soga, especie de suplicio tenido por vil entre los Romanos, y se ahorcó él mismo.

Á Galerio se le hizo una llaga vergonzosa y que no tenia cura, á los diez y ocho años de su reinado, contándose desde que fue creado César: le aplicaron el hierro para cortarla, y perdió tanta sangre que estuvo cerca de morir. Por último se detuvo la hemorragia, mas en su lugar le resultó una gangrena tan mala, que todas las asentaderas le cayeron por sí en el vigor de la putrefaccion. Quanto mas remedios le ponian mas se arraigaba el mal, hasta que

por fin se le interiorizó dentro del cuerpo y se apoderó de los intestinos. Juntósele allí un sin número de gusanos que exhalando un hedor insufrible no solo inficionaba el palacio, sino todo el barrio de la ciudad de Sárdica, en donde estaba entonces el tirano. Lo que merece mas atencion en esta enfermedad, es que sin embargo de toda su fuerza duró mas de un año, sin que valiesen operaciones ni medicinas ni para curarle, ni para mitigarle los dolores. No tuvieron mas efecto los secretos que usaron los sacerdotes idólatras, que atormentar cruelmente al paciente que estaba desesperado, y que ignorando á quién debia echar la culpa, mandaba dar muerte á sus médicos en los raptos de su locura: y esto motivó que pronto no se hallaba quien quisiese aguantar la infeccion ni se determinase á asistirle. Llegó á ponerse su cuerpo en un estado monstruoso: todo él era una llaga, su parte superior era totalmente un esqueleto cubierto de una piel seca y pegada á los huesos, y desde la llaga hasta la punta de los pies, que ya no podian decirse tales, se desprendian dos especies de odres estremadamente largas y tirantes.

Á pesar de todo, un médico osó decir claramente al Emperador que su enfermedad no era natural y que no podia curarse absolutamente con remedios comunes. *Señor*, le dijo, *tened presente cuanto habeis hecho contra los adoradores de Dios, y buscad la curacion en este origen de vuestros males.* El soberbio tirano entonces echó de ver que era mortal, abatido como estaba por sus crueles dolores, y que estaba

bajo otra potestad infinitamente superior á la suya; y exclamó á imitacion de Antíoco, que iba á ordenar que cesase la persecucion, y restablecer el culto del Dios verdadero. En efecto, mandó publicar un edicto prohibiendo atormentar á los Cristianos, para que gozando de completa paz, rogasen por su curacion y entero restablecimiento. Quiso justificar sus violencias pasadas con este testimonio forzado de su arrepentimiento, y con este fin mostró que su intencion habia sido sacar á los Cristianos de su ceguedad, pero que no produciendo sus tentativas otro efecto que apartarlos del servicio de su Dios, sin poderlos inclinar á venerar los del Imperio, habia resuelto permitirles egercer su Religion libremente, y volver á levantar los edificios donde se reunian. No bastaban unos sentimientos como estos para lograr un beneficio que no exigia menos que un milagro, y pasados pocos dias de la publicacion del edicto, en el año 311, exhaló el postrer aliento aquel falso penitente, teniendo podrido todo el cuerpo y cayéndole á trozos.

No dejó de servirse del rescripto la Iglesia del Oriente; pues la de Occidente ya disfrutaba de una paz quasi general, desde la catástrofe acaecida á Maximiano. Habia sido nombrado Papa en el dia 19 de Mayo del año 308, Marcelo, distinto de Marcelino, con quien se ha confundido algunas veces por la semejanza del nombre. Á principios del año 310 murió Marcelo, y le sucedió Eusebio que no vivió mas que cuatro meses: y entonces estuvo vacante nueve sin saberse el motivo, y al cabo de este tiempo se



habia enamorado de aquella virgen distinguida, á quien se tenia en Alejandría por la principal de su sexo; ya por su cuna, ya por sus riquezas, hermosura y talentos; pero que viendo que eran vanas todas sus solicitudes, convirtió su amor en un despecho furioso y sanguinario. Mas lo positivo respecto á Santa Catalina y á Santa Dorotea, á las que muchos autores confunden, es que tenian virtudes y talentos distinguidos, y que padecieron el martirio.

Se condenó á las llamas en la ciudad de Antinoo, en Egipto, á un santo monge llamado Apolonio, y se libró de su voracidad por un milagro manifesto. El Juez y la mayor parte de los espectadores se convirtieron entonces, y todos fueron llevados ante el Prefecto de la provincia, el que los mandó tirar á la mar. Por el mismo tiempo murió por la fe que habia defendido toda su vida San Pedro, Obispo de Alejandría. Sin el menor pretexto ni causa le hizo aprisionar Maximino cuando menos se esperaba, y le mandó cortar la cabeza entonces mismo. Aunque la vida de este irrepreensible Pastor habia sido piadosa y egemplar en todo su Episcopado, subió de punto su celo y santa actividad por la Iglesia al renovarse la persecucion.

44. Este santo Obispo escribió varias obras muy estimadas, tanto por la profundidad y delicadeza de los pensamientos como por su piedad y grandeza; pero solo ha llegado á nosotros una epístola canónica, acerca de las penitencias de los Cristianos que habian caído en apostasia, las que debian ser mas ó menos

largas conforme á las circunstancias del acto. Por esta carta sabemos tambien que ya en aquel tiempo y segun una costumbre mucho mas antigua, se observaba el ayuno del miércoles y viernes, este en reverencia de la pasion de Cristo, y el otro por la conjuracion de los Judíos contra el Hombre-Dios: y que en memoria de su Resurreccion se pasaban los Domingos en un santo contento, y no se hincaba la rodilla.

Consiguieron la palma del martirio con un gran número de fieles, en aquel tiempo y en la misma provincia, Teodoro, Esignio y Pacomio, Obispos de diversas Iglesias. Mas despues de la muerte del santo Obispo de la capital, padeció su Iglesia tan formidables agitaciones que estuvo sin Pastor un año cabal.

45. San Antonio entonces, despues de veinte años de soledad en la que toda su ambicion habia sido estar olvidado de los hombres, salió de su desierto para emplearse en el servicio de la fe; y aunque ya mucho tiempo que le pedian dejase ver el resplandor de sus luces, al fin fue preciso usar de violencia y derribarle cuasi la puerta de su tosca habitacion, para obligarle á admitir las numerosas tropas de ardientes discípulos que venian á tomar sus lecciones. Al fin salió contra su voluntad de su amada soledad, para ir á fundar en las desiertas riberas del Nilo aquel admirable pueblo de solitarios, que no conoció otro idioma que el de los sagrados cánticos, ni mas ley que la perfeccion del Evangelio. Empero así que supo el peligro en que estaba la Iglesia, no dudó un mo-